

Portales es de tal calidad y tuvo tal influencia en la formación de nuestra República, que es punto menos que imposible prescindir de ella. Es claro que después de la lectura del libro de Alone nos damos cuenta del carácter del Ministro omnipotente, su psicología se nos muestra menos oscura de lo que aparece en los manuales históricos, pero quedamos en la ignorancia de lo que fuera del hombre íntimo interesa también: su misión, podríamos decir, sus trabajos y sus padecimientos, en esa cosa vaga e imprecisa que se ha llamado la «cosa pública». El epistolario contiene varias cartas políticas, y unas cuantas de éstas harían mucha falta en el libro de nuestro amigo. Como hombre privado Portales tuvo, sin duda alguna, rasgos extremadamente interesantes, pero ¿no es cierto que como hombre público los tuvo en mayor número y de más permanente interés?

Otra observación que podríamos hacer es que el estudio de Alone, que forma el núcleo del libro y que apareció en el diario de que es crítico literario, «crónicas de índole informativa» como lo califica su autor, contiene citas y extractos de las mismas cartas que están extractadas en las páginas que siguen.

Pero estas observaciones no restan en modo alguno los méritos y la utilidad del libro de Hernán Díaz Arrieta. Constituye un esfuerzo honrado, llevado a la práctica primorosamente ya que *Portales íntimo* es una edición de lujo y un esfuerzo en ese sentido como pocas veces habíamos visto en nuestra

patria para vulgarizar la interesantísima personalidad del gran Ministro, vulgarización tanto más agradable como que es hecha por quien en sus crónicas y en todos sus escritos revela una suprema elegancia, que constituye, a nuestro juicio, su principal característica.—
Abel Valdés A.

POLITICA

RUSIA AL DESNUDO, por *Panait Istrati.*

Docenas de libros se publican anualmente sobre Rusia. Unos en contra de la Unión de las Repúblicas Soviéticas; otros, a favor. El lector, apasionado por lo que sucede en la sexta parte del mundo, los lee todos, sin encontrar en ninguno la verdad que desea. Unos hablan de despecho, otros por interés. ¿A quién recurrir? Pero aparece un libro de Panait Istrati sobre Rusia y el panorama se aclara bastante. Yo no creo posible dudar de este hombre; en primer lugar, porque no habla en contra de las ideas comunistas sino contra la organización que los comunistas han instaurado en la U. R. S. S., y en segundo, porque para este escritor la verdad es un apostolado. No puede hablar por despecho ni por interés. No le debe a los comunistas rusos sino atenciones. Estos le han publicado todas sus obras, pagándole los derechos con puntualidad y largueza. Queda eliminado entonces de su libro el despecho o el interés.

Istrati visitó Rusia, como invi-

tado oficial de la Unión Soviética, en 1927. Después de una breve permanencia en Moscú, recorrió Rusia en todas direcciones durante diez y seis meses. A su regreso a París escribió este libro (1), en el que describe lo que vió, oyó y vivió allí. Sus impresiones no pueden ser más desoladoras. Rusia no es lo que se imaginan muchos obreros del mundo; es todo lo contrario de lo que se imaginan. Es un país entregado a una multitud de individuos sin conciencia alguna de su responsabilidad, burócratas, viciosos, arbitrarios, sin ideales, menospreciadores de la clase trabajadora, de la cual, como antaño otros gobernantes, viven.

Digamos que ha habido dos millones de comunistas atiborrados de doctrinas, sin corazón y sin cerebro, autómatas del fordismo y de la americanización, para los cuales los sentimientos no son más que prejuicios burgueses y el amor un simple coito; pero todavía quedan 150 millones de hombres, toda una humanidad, que viven y quieren vivir cultivando cada vez mejor aquello que existe de más eterno y conmovedor en nosotros. El ruso, al igual que el ucraniano, que el tártaro o el armenio, que no se paran en doctrinas, es hombre de corazón, lleno de ternura, rico en amor y melancolía. Todos ellos aman intensamente a su lengua, a su tierra, a su cielo. La prueba de ello la encontramos en todas las canciones populares y en todas las literaturas de estos países. Y ellos mismos lo prueban entonando su rapsodia en mitad de un banquete comunista, a par de la *Internacional*. ¿Cómo diablos queréis que estos

pueblos abandonen sus isbas para hundirles al día siguiente en los rascacielos americanos sobre los cuales no canta el ruiseñor, donde el hombre es un animal mecánico y donde la existencia no es más que una manera de matar la vida?

La férrea organización burocrática y política de la Unión Soviética, organizada especialmente para perseguir sistemáticamente y castigar con la muerte, el hambre o el destierro, a los opositores de ella, impide en Rusia la manifestación de cualquier idea que pretenda defender en alguna forma—aunque sólo sea ideológicamente—las verdaderas ideas comunistas o los intereses del proletariado. Para vivir bien en Rusia hay que ser comunista, es decir, alabar a los comunistas que gobiernan, estar en *la línea*—como dicen ellos.

Comentando el libro de Istrati se podría escribir otro libro y titularlo: *La estafa*, pues nada más que una estafa a la esperanza y la fe de los trabajadores de Rusia y de todo el mundo, es la que realizan en este momento los que gobiernan a Rusia bajo la capa del comunismo. ¡Trabajadores de todos los países, uníos!, podría ponerse como subtítulo de ese libro; pero uníos contra vuestros peores enemigos: aquellos que comercian en Rusia con el hambre de los trabajadores rusos y las ideas de millones de hombres. —M. R.

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.